



Latitud 27

Revista de artes y ciencias sociales

Universidad Nacional de Santiago del Estero

ISSN: 2953-3783

Nº 3, Invierno 2023, Santiago del Estero, Argentina

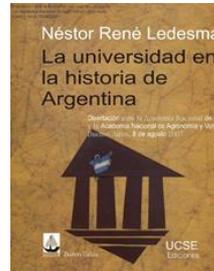
<https://latitud27.unse.edu.ar>

Retratos

Alberto Tasso

Néstor René Ledesma

Historia de una pasión santiagueña



1914-2013

Presentación de “Universidad. Historia de su recuperación”, de Néstor René Ledesma.

Tengo la honrosa distinción de presentar, junto a los destacados colegas que me acompañan, este libro de Néstor René Ledesma, y al mismo tiempo, un breve perfil de su autor y su tiempo, como los he vivido y como los veo ahora. Este es, como su nombre lo indica, un libro de historia. En realidad, se narran dos historias, y vale la pena detenerse a analizarlas.

La primera historia es remota, pues transcurre a comienzos del siglo XVII cuando el Obispo Fernando de Trejo y Sanabria fundó el Colegio de Ciencias Morales Santa Catalina de Siena en esta ciudad, cabecera de la recién fundada Gobernación del Tucumán. Como sabemos, la institución fue trasladada a Córdoba unos años después, y se admite que a partir de ella nace la Universidad de Córdoba en 1613.

Este hecho es decisivo para la interpretación de Ledesma: la semilla de la universidad, en el actual territorio argentino, fue plantada en esta ciudad; aquí brotó y cuando estaba echando sus primeras hojas, en medio de enormes dificultades, el jardinero decidió trasladarla a otra ciudad, que junto a las demás de la Gobernación había sido fundada apenas unos años antes por militares, soldados, vecinos e indios santiagueños.

Esta circunstancia colocó a Santiago del Estero en una situación paradójica que habría de acompañarla toda su historia: tras la primacía y el logro, venía la pérdida, o el despojamiento, que habría de repetirse en 1648 y 1699 cuando la sede gubernamental y la episcopal fueron trasladadas a Salta y Córdoba, respectivamente.

He ahí unos hechos históricos que, así planteados, proponen numerosos interrogantes: ¿cuáles son las dificultades y obstáculos que enfrentó la empresa del conocimiento en fecha tan temprana de nuestra historia? ¿Se trataba de la indiferencia y apatía un tanto burguesas de los vecinos, tantas veces señaladas en las crónicas posteriores? ¿De la falta de maestros? ¿Del clima, que muchos funcionarios coloniales sentían demasiado caluroso? ¿Del monte que rodeaba el caserío “que de ciudad sólo tiene el nombre”, como afirmó otro obispo? ¿Del salitre que comía las paredes de adobe?

Aunque no importa ahora resolver esa cuestión, parece evidente que la localización geográfica jugó en contra de esta primera empresa intelectual. Las tierras bajas y boscosas de Santiago del Estero fueron vistas como propicias para el

establecimiento y la guerra contra los calchaquíes de las tierras altas, pero apenas conquistados sus valles y fundadas las nuevas ciudades, la región del Tucumán comenzó a desentenderse de ellas.

Pero, ¿es que acaso habían ‘entendido’ el acertijo del paisaje santiagueño, semiárido pero inundable, remoto y rústico, aunque rico en algarrobas y sementeras de maíz, cuya ganancia los vecinos aprendieron a traducir en leguas cuadradas y número de indios encomendados que ya debían pagar tributo, y más tarde en mulas y vacunos?

Sin estímulos institucionales de los funcionarios, trasladada la corte sacerdotal, y expulsados los jesuitas, la ‘muy noble’, orgullosa y aguerrida ciudad de los comienzos se aisló en su extensa jurisdicción mesopotámica, en los bosques suntuosos donde habría de florecer la gran cultura popular hispano-negro-indo-mestiza del siglo XVII que hoy conocemos por su música, su tejeduría, su idioma, y tantos otros símbolos centrales de nuestra identidad provinciana.

Pero algo faltaba. La recuperación de lo perdido. Y aún más: lograr lo que aún no habíamos logrado cabalmente, y es la conciencia de lo que somos, en tanto sociedad y ambiente fundidas en singularísima combinación.

Como se comprenderá, es una ambiciosa empresa la que alienta el pensamiento de los intelectuales santiagueños del siglo XIX y XX. Desde distintos ángulos y motivaciones, ella inspira a Alejandro Gancedo, Baltasar Olaechea y Alcorta, Maximio Victoria, Absalón y Ricardo Rojas, Antenor Álvarez, Juan y Andrés Figueroa, Bernardo Canal Feijóo, Orestes Di Lullo, Amalio Olmos Castro, Francisco René Santucho, Ricardo Dino Taralli, Raúl Dargoltz y Néstor René Ledesma, entre tantos otros que apostaron al conocimiento como fuente para la acción.

En estos nombres cifro la continuidad y el cambio generacionales. En ellos se resumen las palabras de Francisco de Aguirre acerca de la ‘tierra de promisión’ en el siglo 16, las ordenanzas de Alfaro el 17, el alegato de Claudio Medina y Montalvo el 18, la proclama de Juan Francisco Borges el 19, las conclusiones del PINOA en el 20, y la declaración de la Asamblea Campesina e Indígena, el jueves pasado, en esta misma plaza.

Cito estos textos –entre muchos otros- porque se refieren a los derechos *de* y *en* el territorio provincial, en cuanto ambiente, ecumene, sociedad y política. En esa línea está la obra de Néstor René Ledesma.

La segunda historia describe el proyecto de la universidad, tal como lo concibió a lo largo de décadas, desde que con su título de Ingeniero Agrónomo regresó a Santiago del Estero, a comienzos de la década del 50, y cómo lo llevó a cabo a través de su labor incansable en el medio siglo que sigue, hasta el presente.

En 1972 Ledesma coordinaba la Comisión Pro Universidad Nacional de Santiago del Estero, que se reunía en las oficinas de la Secretaría de Educación a cargo del Prof. Edvino Paz, que tuve el honor de integrar. Una de esas reuniones fue con motivo de la visita del Dr. Alberto Taquini (h), por cuya labor en el Ministerio de Educación de la Nación nuestra provincia le guarda un reconocimiento que yo quisiera contribuir a recordar: él diseñó y promovió la ley que permitió la creación de universidades nacionales en Salta, Jujuy, Catamarca y Santiago del Estero, como parte de un plan de descentralización de la UBA.

El proyecto de Taquini encontró en Ledesma un aliado, porque había sido un precursor. En efecto, la necesidad de una universidad en la provincia había sido percibida por muchos otros. Recuperemos la historia de la Universidad Popular en los 40, de la Universidad Libre en 1956, del proyecto de la Universidad Nacional del Centro ese mismo año, hasta la Universidad Católica en 1958, y ese mismo año la FIF-UNC. Ledesma iba más allá, en el sentido de aspirar a una universidad nacional con sede en Santiago, atenta a sus problemas, conocedora de su ambiente, que pudiera aprovechar sus recursos naturales y su población de modo sostenible, con inteligencia y justicia, capaz de formar profesionales que contribuyeran a su desarrollo, y vinculada a instituciones y saberes de todo el mundo.

Él cuenta algunas de las dificultades que encontró, y deja otras en la sombra que el lector y la lectora no tardarán en descubrir. Por un lado se enfrentó con el lobby forestal, por otro con las autoridades provinciales que muy a menudo lo representaron. Contra la devaluación de lo propio (o de sí mismo) en que a menudo incurre el santiagueño, según apuntó Canal Feijóo, Ledesma ofrecía una utopía de realización cultural de inspiración socrática (conocerse, para actuar), que además implicaba la economía y la administración racional de los recursos naturales. Su proyecto incluye la ciencia, la planificación, la organización, la motivación y la Doctrina Social de la Iglesia, en lo que ella aportó a la distinción entre los bienes comunes y los privados. Sea el conflicto y la conciliación entre esos términos en permanente tensión lo que explica el sentido de la política.

Apenas creada, contenida en un papel, la naciente universidad tuvo una autoridad militar. Ledesma no sólo trajo el decreto y el cheque que permitía su cumplimiento, sino que además había anticipado este momento. Recuperada la democracia, muchos funcionarios provinciales se interesaron en la universidad, y encontraron en ella un espacio de

ocupación profesional, de influencia, y de poder. El sentido de la misión quedó postergado, o atenuado. De acuerdo a una práctica que ya he mencionado, la nueva institución le agradeció sus servicios otorgándole el título de Doctor Honoris Causa.

Alguien dijo que las instituciones son la sombra de un hombre, o de una mujer. Dado que conozco a Ledesma y a la universidad nacional desde sus orígenes, me atrevo a ver en su labor al arquitecto, al protector, y al maestro. Él es el rector espiritual de este movimiento de agitación que inició la consigna de La Brasa, que ha cumplido amplia y generosamente. Ha dedicado a ello su increíble energía humana, atendiendo al mismo tiempo su responsabilidad de hijo, esposo, padre, abuelo, profesor y amigo.

Con serenidad y alegría ha trabajado tenazmente durante toda su vida. En este y otros libros que tengo la suerte de conocer desde hace unos años, Ledesma nos deja un gran legado que yo no me quiero privar de recibir, y de resumir.

Su argumento reúne la ciencia y la teología en torno a Santiago del Estero, su territorio, su economía y su gente. Como Arquímedes, el concibió a la universidad como palanca para cambiar unos grados en la dirección rutinaria de nuestros asuntos.

Como otros que mencioné, habló a una sociedad que seguía desentendida de Santiago del Estero. Su prédica duró décadas, centenares de artículos e informes, y miles de conversaciones en que transmitió los grandes aforismos que reflejan su pensamiento. Sus indudables logros serán valorados por otros. Yo pienso que estamos avanzando hacia una comprensión de su palabra, y eso nos alerta en la continuidad y renovación de su obra, que necesita estudio, examen, crítica y emulación.

Las palabras de Ledesma me han guiado siempre. Me ayudaron a recuperar el orgullo autonómico santiagueño. A comprender el bosque, el clima y el ecosistema. A ordenar la intervención en el territorio, en vistas a la seguridad humana y la preservación de los recursos. A demandar políticas adecuadas y a formar quienes puedan gestionarlas. A acompañar los movimientos por los derechos humanos y ambientales. A enseñar siempre, que es la manera más eficaz de combatir la ignorancia interesada del 'día a día' con la conciencia previsoras de un mañana que ya está llegando.

Es muy grande la responsabilidad de quienes comprendimos su mensaje, y no es exagerado decir que hay un Santiago antes de Ledesma, y otro después. Después de Ledesma nos hicimos conscientes de la desertización, de la degradación ambiental y de la responsabilidad que tenemos los ciudadanos, las organizaciones sociales, la universidad y el Estado para cuidar el territorio, sus recursos y su población en riesgo. Sabemos que se trata de problemas que aún no han sido 'entendidos', y por tanto no se logra aún resolver con acierto, como lo vemos a diario, y cada vez con más intensidad en los últimos años.

El pensamiento de Ledesma es activo y transformador, y nos compromete a actuar en consecuencia. Nos demanda previsión y sensatez para evitar que, como en otras ocasiones dolorosas que están demasiado próximas, Santiago padezca de nuevo el despojamiento de su paisaje –que es su país- y sus hombres y mujeres el exilio.

Por eso es oportuno en esta presentación rescatar el sentido de este libro, interpretación histórica, archivo documental, testimonio, ideario, pero también programa y lineamiento. En una rápida síntesis, el libro presenta la metáfora del diálogo entre dos sujetos históricos: la universidad y el bosque. Les propone conocerse, respetarse y aprovecharse mutuamente. Nos cabe a nosotros, lectores y lectoras, estudiantes, investigadores, trabajadores del Estado, productores, comunicadores y periodistas, y todos aquellos que nos beneficiamos con la sombra de la universidad y la sombra del bosque, restablecer ese diálogo y rescatarlo como la tangente para que sociedad y ambiente puedan volver a entenderse.

20 de diciembre de 2011

José Andrés Rivas

El que enseñaba a leer

Alberto Tasso



José Andrés Rivas nació en General Belgrano (BA) y se radicó en Santiago del Estero en 1976. Es Profesor y Doctor en Letras egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en donde tuvo como profesor a Jorge Luis Borges.

Se desempeñó como profesor en la Universidad de Buenos Aires, la Universidad John F. Kennedy, la Universidad de Lomas de Zamora y como Profesor Titular y Director de la Escuela de Filosofía y Letras de la Nacional de Santiago del Estero. Fue también cuatro veces profesor en Estados Unidos: en la Universidad de Missouri-Columbia (en 1980) y en la Duke University de North Carolina (1981, 1990 y 1991).

Dictó cursos y más de un centenar de conferencias en la Argentina, en Perú, Canadá y Estados Unidos (en este país en la Biblioteca del Congreso de Washington y en más de veinte universidades).

Entre sus libros figuran: *Introducción a la narrativa contemporánea*; *Alrededor de la obra de Jorge Luis Borges*; *La obra de Clementina Rosa Quenel*; *Estudios de Literatura santiagueña*; *Santiago en sus letras*; *El ojo detrás del espejo: la poesía de Bernardo Canal Feijóo*; y *La cultura como frontera: un viaje al interior de las letras santiagueñas*.

Publicó también más de medio centenar de artículos en revistas especializadas de nuestro país, España, Italia, Estados Unidos, México, Nueva Zelanda, etc. Sus obras recibieron premios en concursos de organismos nacionales y extranjeros. Es Miembro Correspondiente de la Academia Argentina de Letras, Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Santiago del Estero y Ciudadano Ilustre de Santiago del Estero.

A lo largo de las últimas cinco décadas, desde su radicación en la ciudad, José Andrés Rivas ha sido un activo animador del movimiento cultural provincial, y una referencia de su literatura. Su estudio *Santiago en sus letras. Antología críticometémica de las letras santiagueñas* prosiguió la labor antológica de Moisés Carol, Alfonso Nassif y Ricardo Dino Taralli, pero tomando mayor distancia de las obras y autores analizados y utilizando criterios sistemáticos para describirlas.

Unos años después

Conocí a José Andrés en la Sala de Actos del Jockey Club, hacia 1978, donde lo escuché presentando a Moisés Carol, que daba una conferencia sobre la influencia de las sequías en el imaginario popular. En los años siguientes aumentó nuestro trato. Muchas veces nos cruzábamos en la Plaza Libertad, que le gustaba recorrer caminando. Quedaba frente al departamento donde vivía con Susana y sus hijas, justo frente a la Catedral, donde a veces iba a escuchar las críticas –y hasta provocativas– homilías del obispo Gerardo Sueldo.

En las décadas que siguieron lo conocí más como compañero de trabajo en la UNSE, lo escuché en conferencias y presentaciones de libros, en las que se manejaba con envidiable soltura. Hablaba claro y siempre dejaba pensando.

También lo vi frecuentar el Bar de los Cabezones Paz, un espacio cultural que merece memoria. Los sábados al mediodía el lugar convocaba a la charla con un café, una cerveza o un fernet con coca. En la mesa del fondo –que yo llamaba de los ilustres– solían sentarse Pío Montenegro, Alfonso Nassif, Raúl Lima y José Andrés. Párrafo aparte merecen las tertulias convocadas por Marta Terrera, que compartimos con Antonio Kinen, Jorge Rosenberg, Nestor *Negro* Urtubey, Carlos Zurita, Cecilia Canevari y Felipe Rojas, entre otros.

Intento ahora mirar en paralelo la vida y la obra de Rivas. Destaco ahora que llegó a Santiago desde el sur, formando parte de naciente corriente inmigratoria que sucedía a la emigración de santiagueños en décadas anteriores. En los '70 y '80 vinieron a la provincia miles de personas con cientos de ocupaciones, recursos, vocaciones y capitales, económicos y culturales. Entre los dedicados a estos últimos cito a Taralli, Togo, Kinen y Rivas.

Estaban ya formados en el estudio, pero encontraron en Santiago algo que los atrajo, por cierto no fácil de definir. Pues muchas son las expresiones del amor. Enigma, sujeto indescifrable, tema de estudio y reflexión, no menos que de crítica, Santiago del Estero los convocó a un desafío.

Para Rivas consistió en leer lo que se había escrito en la provincia y valorarlo con la mirada fresca del recién venido, según la expresión de Macedonio. Así como caminó por la plaza Libertad lo hizo por los senderos de la literatura santiagueña y contribuyó a una nueva lectura interpretativa de sus obras principales.

Samuel Schkolnik

Las claves de un filósofo

Samuel Schkolnik

Las claves de un filósofo

Fue el primer filósofo que conocí mano a mano. Fue en los años 70, cuando durante la dictadura se exilió en La Banda (era tucumano), de dónde provenía su primera esposa, para entonces fallecida. Entre otras actividades, tuvo un negocio de venta de discos en la calle España. Vivía con sus hijos Irene y David en una casa redonda que le había prestado el pintor Michi Aparicio.

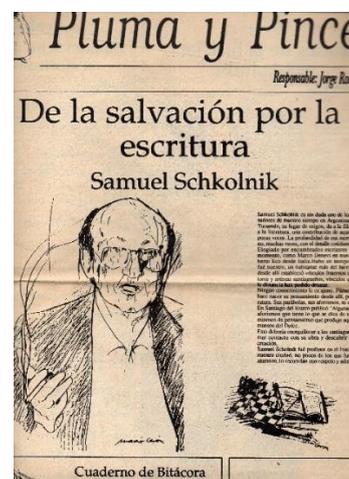
Su actividad docente en ese momento era una asignatura que dictaba en el Profesorado en Filosofía, en el ISPP N° 1 de Santiago. Su compañera de entonces era Irma, a quien le dedicó su libro *Algunas claves*, de no más de 40 páginas, con aforismos que condensaban su pensamiento, siempre profundo y no pocas veces humorístico y filoso.

Gracias a la propuesta de Carlos V. Zurita se incorporó al Instituto de Investigaciones Científicas de la UCSE durante el rectorado de Monseñor Luciano Beretta, a cuyas manos había llegado su libro, donde leyó esta frase: “El camino del infierno está empedrado de sotanas”. Acto seguido le pidió a Carlos que lo corriese de la institución, medida que según me consta demoró todo lo que pudo.

Cuando en 1983 la UNSE recuperó su autonomía durante el rectorado del Ing. López ocupó el cargo de director del Departamento de Matemáticas –futura Facultad de Ciencias Exactas- del que dependía la carrera de ingeniería. Esta gestión fue breve ya que entonces recuperó su cargo en la UNT, en la que había sido cesanteado en ese período nefasto, y regresó a Tucumán con sus hijos.

Cuando comencé a dar clase en la FFyL de la UNT me alojé varias veces en su casa de la calle Crisóstomo Álvarez. La mesa redonda de la cocina estaba cubierta de libros, que solo despejaba cuando tenía un invitado (o una invitada). A la entrada estaba su biblioteca y su bicicleta inglesa que adoraba. De ese tiempo proviene su memorable ensayo “La bicicleta”.

Leía mucho en la cama, hasta altas horas. Por ese tiempo comenzó a escribir artículos que firmaba como González en *La Gaceta Literaria*, que dirigía Daniel Alberto Dessen. Algunos le sirvieron para su novela *Salven nuestras almas* (2001) una obra de madurez que refleja la fineza de su pensamiento, su escepticismo radical y su proverbial ironía. Muchos lo recordamos por su sencillez, su palabra inefable y la seducción de su persona.



Nota de Jorge Rosenberg con dibujo de Mario Cerón en el semanario cultural Pluma y Pincel, en *Nuevo Diario de Santiago del Estero*, 1993.

Algunas claves

No hay locura que carezca de método.

Las cosas en que se nos va la vida son cosas serias.

Cuando a uno lo empiezan a llamar “señor”, ya está perdido.

Para comer bien, hay que hacer voto de pobreza.

Para la mayoría, la vida discurre en prosa.

El que se queda quieto, se pudre.

El mundo es el conjunto de cosas a las que nos resignamos.

La gente perdona cualquier cosa, pero no la falta de esperanza.

La inteligencia escandaliza.

Hay que sospechar de los que quieren expulsar a los poetas.

Desde el punto de vista político, cualquier gritón vale más que Galileo.

La semiología puede explicar por qué nadie entiende a nadie.

Si dos personas aman lo mismo, se aman entre sí, y solo de este modo pueden amarse dos personas.

Crear o reventar.

(1982, edición del autor, Santiago del Estero)

“El café es, por definición, un lugar en el que se está desocupado: un espacio concebido para el ocio. Por eso resulta paradójico que la falta de trabajo sea hoy un tema de preocupación y de conversación obligada en todos los bares”.

Sentado en uno de los rincones del bar “Gastón” (Crisóstomo Alvarez y Congreso), del que es un habitué, Samuel Schkolnik vuelca reflexiones como ésta en una servilleta de papel. Y aunque siendo filósofo no es extraño que tenga esa habilidad para jugar con las ideas, lo llamativo es que se sienta más cómodo en los cafés que en los claustros universitarios. Ese gusto, que alguna vez lo llevó a escribir una “sociología de los cafés”, hizo que LA GACETA lo consultara sobre el tema.

“La presión de la realidad es tan fuerte que penetra el umbral del café y lo impregna todo, porque si bien se sigue hablando de fútbol o de política, se lo hace a la luz o a la sombra de los problemas socioeconómicos”, asevera Schkolnik.

Según el filósofo, los cafés “deben su existencia a su condición de remanso en medio de las agitados aguas de la vida. No en vano Discépolo dice que es lo único que se parece a la “vieja”. Hoy prosigue- esa condición trasunta más porque las aguas están más agitadas que de costumbre, por la desocupación, los bajos ingresos...”

Y tomándose un tiempo entre pensamiento y pensamiento, concluye: “los naufragos que tenemos la posibilidad de acceder a las aguas supuestamente quietas de un café no dejamos de recibir señales del temporal que nos aguarda del otro lado del vidrio, porque los lustrabotas y vendedores de aspirinas -siempre que los dejen entrar- son los ayudamemoria de lo que ocurre afuera”.

La Gaceta, Tucumán,
13 de agosto de 1995



VELAR LOS LAURELES

Hay que conservar a toda costa el principio de convertibilidad. Se sabe que su vigencia perjudica a sectores importantes, pero todos deben comprender que el más grande sacrificio es pequeño si conduce al perdón de nuestras muchas deudas. ¿De qué valdría que pudiéramos exportar si no pudiéramos convertirnos? Es fácil quejarse cuando la conversión está al alcance de todos, pero ya pocos se acuerdan de qué éramos antes, cuando la mayoría erraba a oscuras en medio del camino de la vida. De ese estado de errancia nos libró el advenimiento del orden nuevo, y a éste debemos el haber sido injertados en el olivo de la verdad.

Es cierto que todavía nos esperan tiempos de penuria, pero al menos ahora tenemos en qué esperar y ya nadie está solo: hay gimnasios en todas las provincias, los libres del mundo nos responden, comunicamos en el alimento de Hamburgo y en el jarabe de cola, los recitales se multiplican, la concurrencia es cada vez mayor, la oferta se apresura a satisfacer la demanda, la demanda por ende crece cada día, como crece cada día la fe en el valor de las acciones y la fuerza con que el crédito sustenta la vida del mercado. ¿Por qué escuchar entonces a los que se obstinan en la letra e ignoran la liviandad? Sus voces son las del hombre viejo, las de los que no pueden ser como niños, las de los que no saben operar el consuelo del video ni se conforman a los programas del Ordenador. Son insensibles a las alegrías fiduciarias, se niegan a jugar; tienen oídos pero no oyen las novedades, tienen ojos pero no ven las cotizaciones; todo lo que es humano les es ajeno: el rating y la ropa deportiva, las licitaciones y los escenarios, el lifting y la telefonía móvil, el aerobismo y las inversiones. Dejémosles languidecer en sus salas de lectura, dejemos que los muertos entierren a los muertos, y sigamos a los vivos, a los coronados de gloria, a los que nos garantizarán la conversión.

Samuel Schkolnik

Los adjetivos ironía o sarcasmo son indispensables para describir la prosa de este autor. No por eso es menos objetiva su descripción del mercado y la vida contemporánea. Esta página es una de las que publicaba en el Suplemento Cultural de *La Gaceta* con el pseudónimo de González.



